



¿QUÉ HACE UN LINGÜISTA?

Blanca Elena Sanz Martín



UNA INTRODUCCIÓN PARA ZOMBIS
COLECCIÓN

¿Qué hace un lingüista?

Una introducción para zombis

¿Qué hace un lingüista?

Una introducción para zombis

Blanca Elena Sanz Martín



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

¿Qué hace un lingüista?

Una introducción para zombis

Primera edición 2024

(versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Av. Universidad 940

Ciudad Universitaria

Aguascalientes, Ags., 20100

editorial.uaa.mx/libros.uaa.mx

Blanca Elena Sanz Martin

ISBN 978-607-8972-23-4

Hecho en México / *Made in Mexico*



Índice

| | |
|--|----|
| Introducción | 9 |
| ¿La lingüística nos dice cómo hablar correctamente? | 15 |
| ¿Cómo se estandariza la lengua? | 25 |
| ¿La lingüística estudia las lenguas de los pueblos “civilizados” con escritura? | 33 |
| ¿Es lo mismo el estudio de la lengua que el de la literatura? | 43 |
| ¿La lingüística es una ciencia? | 49 |
| ¿Qué elementos de la lengua estudia la lingüística? | 61 |
| ¿Qué ramas de la lingüística estudian los diferentes niveles de análisis? | 71 |
| ¿Con qué otras ramas se relaciona la lingüística? | 73 |

| | |
|---|----|
| ¿Se puede hablar de una lingüística “pura”? | 77 |
| ¿Qué alcance pueden tener los estudios lingüísticos? | 81 |
| ¿Para qué sirve la lingüística? | 83 |
| Entonces, ¿qué hace un lingüista? | 89 |
| Referencias | 93 |

Introducción

Los lingüistas solemos estar en aprietos cuando nos preguntan “¿a qué te dedicas?”. Para algunos la respuesta más sencilla es simplemente contestar “soy profesor”. Pero las cosas se complican cuando nos preguntan “¿profesor de qué?”.

A continuación, reproduzco una plática que sostuve con un taxista, un tanto caricaturizada pero basada en conversaciones reales, que refleja las falsas creencias en torno a esta disciplina. Estoy segura de que cualquier lingüista habrá tenido, en alguna ocasión, alguna charla similar.

—¿A dónde va, señorita?

—A la Universidad Autónoma de Aguascalientes, por favor.

—¿Usted ahí estudia?

—No, soy profesora.

—¿Dónde da clases?

—En el Departamento de Letras.

—O sea que usted es escritora.

—No precisamente.

—¿Esa carrera no sirve para hacer escritores?

—No precisamente.

—¿Entonces, pa qué sirve?

—Para formar estudiosos de la literatura y lingüistas.

—¿Y usted de qué da clases?

—De lingüística.

—¿Lingüística?, ¿o sea que es usted lingüista?

—Sí, así es.

—¿Ésos son los que hablan muchas lenguas?

—No, señor, éstos son los políglotas. Ciertamente, hay lingüistas que son políglotas, pero no todo lingüista es políglota.

—Entonces, ¿qué hacen los lingüistas?

—Estudian sistemáticamente la lengua.

—Entonces son los que nos dicen cómo debemos hablar.

—No, señor, solamente describimos cómo funciona la lengua.

—¿Entonces la lingüística no es el arte de hablar correctamente?

—No, señor; de hecho, la lingüística no es un arte, sino una ciencia.

—No, *pos* ya no entendí nada. ¿Entonces qué hacen en el Centro de las Artes y la Cultura?

—En algunas universidades, las carreras que tienen que ver con la lingüística están en las facultades o centros artísticos, pero ésa es una cuestión administrativa.

—Entonces los lingüistas son científicos.

—Sí, señor.

—Pero, ¿cómo van a ser científicos? No me diga que se pone bata de laboratorio y utiliza tubos de ensayo. ¡Cómo va a ser posible que un lingüista sea científico! Eso de la ciencia es para químicos, físicos, biólogos o gente de ese tipo. No me diga que no.

—Claro, pero éstos son ejemplos de ciencias naturales. También existen las ciencias sociales, como la sociología, por ejemplo. Pero fíjese nada más: la lingüística es

una ciencia que abarca tanto lo natural como lo social.

—¡Ah, caray! ¿Y eso cómo es posible?

—Porque la lengua es un hecho o fenómeno biológico y social.

—Entonces, ¿es así como estudiar la escritura para que sea elegante, sin faltas de ortografía y con buen estilo?

—No, señor, los lingüistas analizamos todas las manifestaciones lingüísticas, tanto las orales como las escritas.

—Bueno, las escritas, ¿no?, porque ni modo que pudiera analizar lo que le estoy diciendo ahorita o lo que están diciendo estos chavos del radio.

—Claro que sí. Todo es de interés para un lingüista, no importa si es coloquial o formal.

—Bueno, usted que es lingüista, dígame: ¿a poco no la lengua española es la más bonita?

—Bueno, los lingüistas no describimos las lenguas en términos estéticos. Las ciencias no hacen juicios de valor.

—A mí me encanta el francés porque es la lengua del amor.

—Todas las lenguas permiten a sus hablantes expresar sus sentimientos.

—¿Entonces, no hay lenguas mejores que otras?

—No, simplemente funcionan de distinta manera.

—Yo siempre he oído que ha habido mucha filosofía en Alemania gracias al idioma alemán; o sea, que el alemán es la lengua de la filosofía.

—Bueno, simplemente ha habido muchos filósofos alemanes, pero eso no quiere decir que haya lenguas más propicias que otras para hacer filosofía.

—¿Y qué hay del inglés? ¿Por qué ahora en todos lados se habla en inglés? Yo creo que porque es mejor lengua o más fácil de aprender.

—No es por eso, sino por razones históricas y sociales, pero no hay nada característico del funcionamiento de esa lengua que haga que sea tan hablada.

—Oiga, ¿y qué hay de los dialectos que hablan los indígenas aquí en México?

—Todos hablamos un dialecto, señor. Un dialecto es una variante de una lengua.

—¿Entonces, un dialecto no es una lengua que no tiene escritura o la de los grupos marginados?

—No, señor. Como le digo, todas las lenguas tienen sus dialectos.

—Ay, caray, ¡qué complicado! Con razón me dice usted que es una ciencia.

—No es ciencia porque sea muy difícil, sino porque es un sistema ordenado de conocimientos que se obtienen mediante la observación o la experimentación.

—Bueno, y a todo esto, ¿para qué sirve?

—¡Uy no, señor! Ya no me da tiempo de explicarle porque ya casi llegamos. Pero si quiere enterarse de qué hace un lingüista, lea un pequeño libro verde titulado *¿Qué hace un lingüista?*, cuyo objetivo es que los zombis ambulantes se familiaricen un poco con la disciplina y dejen de tener ideas erróneas en torno a la lingüística. ¿Cuánto le debo?

¿La lingüística nos dice cómo hablar correctamente?

Si un lingüista lee la conversación anterior con el taxista, seguramente la situación no le resultará nada extraña. La primera incógnita para quienes no están familiarizados con la lingüística es determinar exactamente cuál es su objeto de estudio, a saber: las lenguas y su evolución.

Es necesario precisar la distinción entre *lenguaje* y *lengua*. El primer vocablo se refiere a un sistema de comunicación en general, de manera que podemos hablar del lenguaje de programación, el lenguaje de los animales, el lenguaje de la música, el lenguaje matemático, entre otros. La lengua, en cambio, es un tipo específico de lenguaje, propio de los seres humanos, que se caracteriza por una serie de principios gramaticales, por ejemplo: el español, el inglés, el

suajili, el malayo, el hindi, el francés, el portugués, el alemán, el náhuatl y un largo etcétera. La palabra *idioma* es sinónimo de *lengua*, aunque el término *lengua* es el que solemos emplear los lingüistas.

Como puedes ver, los términos *lenguaje* y *lengua* presentan un significado muy parecido, pero el primero es más general, pues se refiere a la capacidad de comunicación; mientras que el segundo es más particular, ya que alude a un sistema de comunicación concreto. Te doy un dato curioso: el inglés sólo dispone de una palabra *-language-* para ambos vocablos. Aclarada la diferencia semántica entre ambos términos, ten presente que el objeto de estudio de la lingüística es la lengua.

Ahora bien, ¿qué se le puede estudiar a la lengua? En primer lugar, la lingüística describe la estructura interna de la lengua, es decir, todos sus componentes. Asimismo, analiza su evolución histórica y el conocimiento que los hablantes poseen de su propia lengua, esto es, aquellas competencias que les permiten comunicarse.

En general, la gente suele asociar la lingüística con “hablar correctamente”; so-

bre este punto debemos hacer una precisión. En primer lugar, debemos decir que la lingüística es una ciencia, y como tal, describe y no prescribe. Con ello nos referimos al hecho de que a esta disciplina le importa describir cómo funcionan las lenguas, por qué hablamos como hablamos y por qué las lenguas cambian. Al lingüista le importan tanto las formas “correctas” como las “incorrectas”; le interesan todos los datos que permitan comprender el funcionamiento y la evolución de la lengua, pues todos éstos son de interés para la lingüística.

Pensemos en el siguiente ejemplo: quizá algún hablante pronuncia la palabra *nadien* en lugar de *nadie*. Es muy probable que esta persona sea tachada de hablar incorrectamente y, de hecho, hasta cierto punto, sí, porque no respeta la norma “cult”. Sin embargo, al lingüista le interesa explicar por qué el hablante produjo tal forma, para lo cual pueden formularse diversas hipótesis. Una de ellas podría ser que *nadie* se opone a la palabra *alguien*, de manera que, por analogía, el hablante inserte una “n” para que *nadie* se parezca a *alguien*, es decir, para igualar su paradigma.

Quizá te preguntes: “¿eso quiere decir que podemos hablar como se nos dé la gana?, ¿entonces por qué abundan las gramáticas que nos dicen cómo expresarnos correctamente?”. La respuesta se encuentra en la siguiente cita del *Curso de lingüística moderna* de Charles Hockett (1972: 14-15):

No significa que el lingüista abogue por las formas incorrectas ni que niegue la realidad de la distinción entre lo correcto e incorrecto. Como hablante de una lengua determinada, el lingüista está sujeto a las convenciones de su sociedad como cualquier otra persona, permitiéndose el mismo grado y el mismo tipo de libertades dentro de esas convenciones que cualquier otro hablante. En su uso de la lengua puede ser purista o no serlo. Pero ello tiene poca o ninguna relación con su interés primordial, que es el de analizar la lengua.

Debemos aclarar que existe una gramática normativa o prescriptiva que establece cuáles son las formas gramaticales correctas. Así nos indica, por ejemplo, que lo correcto es

decir “dijeron” y no “dijieron”, o “dijiste” y no “dijistes”. Por lo tanto, no debemos confundir la gramática normativa con la lingüística.

La lingüística corresponde a la gramática descriptiva que, como su nombre lo indica, describe; específicamente, explica cómo los hablantes utilizan la lengua. En cambio, la gramática normativa define la lengua a través de normas y preceptos que determinan lo que es aceptable o no según una única norma. La *Nueva gramática de la lengua española* de la Real Academia Española define el contraste entre ambas gramáticas de la siguiente manera:

Desde el punto de vista de los objetivos y fundamentos del análisis gramatical, se distinguen **gramática descriptiva** y **gramática normativa**. La primera presenta las propiedades de las unidades gramaticales en cada uno de los niveles de análisis: fonética, fonología, morfología y sintaxis; la segunda establece los usos que se consideran ejemplares en la lengua culta de una comunidad, a menudo con el respaldo de alguna institución a la que se reconoce autoridad para fijarlos (RAE, 2010, §.1.12a).

Ahora bien, ¿cuál es la utilidad de una gramática normativa? ¿No sería más fácil que todos habláramos como se nos diera la gana? ¿Por qué todos debemos seguir un único modelo ejemplar? ¿Acaso no es una postura incluso elitista?

La ventaja de que exista una norma lingüística es una mayor amplitud en el alcance comunicativo. Pensemos en el habla de Sinaloa: un hablante de este estado podría decir algo como lo siguiente: “Allá en Los Mochis, los plebes bichis jugaban a las catotas con las coachas de los cochis”. A alguien que no sea de Sinaloa quizá le cueste trabajo comprender el sentido de las frases anteriores, que se pueden traducir así: “Allá en Los Mochis, los niños desnudos jugaban a las canicas con las heces de los marranos”.

Como vimos en el ejemplo sinaloense, el alcance comunicativo es reducido, pues solamente una pequeña comunidad lingüística es capaz de comprender el mensaje. En cambio, al emplear la norma lingüística, nuestro mensaje tendrá mayor alcance.

¿Alguna vez te has percatado de lo extraño que se escuchan las películas y series

dobladas al español de hace algunas décadas? Muchas veces escuchamos algo como: “recórcholis, apetezco un emparedado de mantequilla de maní”. ¿Quién habla así?, se pregunta el espectador. Si bien comprendemos el diálogo, ¿no sería más sencillo simplemente decir: “híjole, se me antoja un sándwich de crema de cacahuate”? Algunos doblajes nos suenan extraños y artificiales porque hace algunas décadas existía la pretensión de que el doblaje se comprendiera en todos los países de habla hispana de América Latina (pues en España suelen hacer sus propios doblajes). Con ello, se pretendía utilizar un español “estándar”, cuyo alcance comunicativo fuese lo más extenso posible.

Como ves, el hecho de que exista un español estándar es bastante útil. El reto consiste en determinar qué modelo de español podría ser el estándar. Volviendo al ejemplo del doblaje, hoy en día es muy común que éste emplee el español de México para toda América Latina. Pensemos en la voz del burro, interpretada por Eugenio Derbez, en la película animada *Shrek*, que no sólo corresponde a una variante popular de México,

sino específicamente de la Ciudad de México. ¿Eso es un español estándar? Es bastante difícil precisarlo.

Sin embargo, si en la película no se empleara esta forma de hablar, quizá se perderían muchos rasgos expresivos, pero ¿por qué el español de México y no el de Argentina, por ejemplo? Alguna vez en Argentina una persona se refirió a mi manera de hablar así: “vos hablás como en la tele”. Claro, si en México se hacen gran parte de los doblajes de Latinoamérica, tiene bastante sentido decir que el habla de una mexicana es como la de la tele, y más si es oriunda de la Ciudad de México, como en mi caso. Pareciera entonces que el español de la Ciudad de México se ha estandarizado en el ámbito cinematográfico y televisivo.

Te podrás dar cuenta que hablar de un español estándar es bastante complejo. Es un modelo relativamente unificado que responde a una necesidad práctica, pero toma en cuenta que ese modelo supone el habla de una clase de individuos social o geográficamente determinada y, por lo tanto, no es ni más “correcto” ni más “puro”.

La afirmación anterior pudiera parecer muy extraña, pues quizá en las escuelas nos han enseñado que la lengua literaria es más “pura” y “correcta” que todas sus demás manifestaciones, y que la tarea de la gramática consiste en preservar a la lengua de la “corrupción”. Las clases de lengua están orientadas hacia la norma estándar; es por ello que solemos pensar que los profesores enseñan la forma “correcta” de comunicarnos, pero en realidad lo que nos enseñan es la norma culta o estándar, lo que, sin duda alguna, es un conocimiento de suma importancia para la vida, ya que nos permite comunicarnos de manera más eficiente en determinados contextos.

¿Cómo se estandariza la lengua?

Como se vio, la estandarización de la lengua tiene la ventaja de extender el alcance comunicativo. Ahora tomemos como ejemplo la lengua española para explicar los mecanismos que permiten la estandarización. Empecemos con un poco más de medio milenio de historia.

Fue precisamente en un afán de estandarizar el español que se publicó la primera gramática de la lengua española. Se trata de la obra de Antonio de Nebrija, publicada en 1492, titulada *Gramática castellana*, la cual fue el primer libro impreso que se centró en el estudio de una lengua romance (una lengua derivada del latín). En aquella época no existían normas ortográficas homogéneas, por lo que la gramática fue de mucha utilidad para poner cierto orden a un caos ortográfico; pero

por supuesto, el interés por una gramática también obedeció a los intereses políticos del imperio español, como consta en la carta que Nebrija le dirigió a la reina Isabel I de Castilla, que constituye el prólogo de la obra:

Cuando bien conmigo pienso, mui esclarecida Reina, i pongo delante los ojos el anti-güedad de todas las cosas que para nuestra recordación et memoria quedaron escriptas, una cosa hállo et sáco por conclusión mui cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio (Nebrija, s/f).

Incluso, para Nebrija la lengua constituía una herramienta para los pueblos conquistados, como se observa en el siguiente fragmento, el cual sorprende por ser una especie de profecía, pues en octubre del año en que fue publicada la obra, Cristóbal Colón descubriría “el Nuevo Mundo”:

[...] de su iugo muchos pueblos bárbaros et naciones de peregrinas lenguas, et con el vencimiento aquellos ternían necesidad de recibir las leies quel vencedor

pone al vencido, et con ellas nuestra lengua, entonces, por esta mi Arte, podrían venir en el conocimiento della, como agora nos otros deprendemos el arte de la gramática latina para deprender el latín (Nebrija, s/f).

El año de 1492, además de marcar un hito histórico, también determina una tradición gramatical. Después de poco más de dos siglos, en 1713, se fundó la Real Academia Española, institución que publica la *Gramática de la lengua castellana* hasta el año 1771. Otro momento clave en la descripción gramatical del español es 1847, cuando el intelectual venezolano Andrés Bello publica en Chile la *Gramática de la lengua castellana*, obra de gran trascendencia debido a que rescata las variedades latinoamericanas del español.

Otro gramático de suma importancia en la tradición gramatical del español es Rufino José Cuervo, erudito colombiano nacido en el siglo XIX. En el siglo XX también encontramos diversas personalidades de la gramática, entre los que destacan Rodolfo Lenz, Manuel Seco y Samuel Gili Gaya.

Como ves, la lengua española cuenta con una arraigada tradición gramatical que data desde finales del siglo xv, lo que no ocurre en el caso de otras lenguas; como las nativas de México, que no cuentan, en su mayoría, con una descripción gramatical. En este sentido, se puede hablar de una gramática tradicional, distinta a la denominada *gramática teórica*.

Suele utilizarse el término **gramática tradicional** para designar la que se basa en el conjunto de distinciones que se remontan a la tradición latina y griega y que –ampliadas o modificadas en la Edad Media, el Renacimiento o la Ilustración– han llegado en alguna de sus formas hasta la actualidad. Se denomina **gramática teórica** la que se fundamenta en una determinada teoría gramatical, generalmente contemporánea. Su objetivo es doble: por una parte, intenta mejorar el conocimiento del idioma con recursos analíticos que se pretenden más apropiados que los propuestos por otras teorías; por otro lado, aspira a desarrollar la teoría misma a través del

estudio detallado de una o varias lenguas, o bien, la comparación entre ellas (RAE, 2009, §1.2b).

Cabría preguntarse por qué si el español cuenta con más de cinco siglos de ser estudiado, se siguen haciendo gramáticas. ¿Acaso no se ha agotado la descripción gramatical del español? La respuesta es no. Existe una infinidad de fenómenos cuya motivación aún desconocemos. Además, como la lengua se encuentra en evolución constante, seguirán surgiendo fenómenos dignos de ser estudiados.

Quizá también podría surgir la siguiente interrogante: “Si hay tantas gramáticas con distintos enfoques, ¿cuál consulto?”. Eso dependerá de los objetivos que se quieran conseguir; si lo que se busca es conocer la norma para expresarte “correctamente”, la mejor opción es una gramática normativa, pero si lo que se quiere es conocer el funcionamiento del español, entonces la idónea es una gramática descriptiva. También puede darse el caso de que el español no sea tu lengua materna y quieras aprenderlo, entonces tendrías que consultar una gramática pedagógica.

Como vemos, las gramáticas juegan un papel fundamental en la estandarización de la lengua. Pero también existen otros instrumentos de estandarización, como los diccionarios, que no sólo cumplen una función de consulta, sino que permiten establecer el léxico convencional de una lengua. Mucha gente se escandaliza ante la inclusión de ciertas palabras en el diccionario, pues varios “pegaron el grito en el cielo” cuando la propia Real Academia Española aceptó la palabra *cantinflear*, y no se diga cuando también incluyó la palabra *güey*, con la cual muchos se quedaron perplejos.

Debemos entender que el hecho de que una palabra nos parezca rara o incluso vulgar no es condición para excluirla de una lengua. Las palabras anteriores, así como muchas otras, forman parte del vocabulario cotidiano de nuestro país, por lo tanto, son formas que el propio uso ha estandarizado, por lo que deben ser reconocidas en una obra cuyo objetivo es hacer un compendio del vocabulario de una lengua. Lo importante aquí es que esas dos palabras se han vuelto parte de nuestra lengua y como tales son incluidas en el diccionario.

Imagínate que un finlandés o algún otro extranjero cuya lengua madre no sea la española, pero que conoce a medias el español, se tope en un texto o en un diálogo con la palabra *güey* y no conozca su significado. Probablemente lo primero que haga sea buscar un diccionario y, ni modo que, por ser vulgar, no aparezca en él, esto es, como si no existiera dicho vocablo. ¿No te parece absurdo?

Como habrás notado, tanto las gramáticas como los diccionarios permiten recoger la estructura, el funcionamiento y vocabulario de la lengua, lo que contribuye a que pueda haber una estandarización. En una lengua como el español, la cual tiene una gran cantidad de hablantes (más de 500 millones), sería sumamente difícil comprendernos entre nosotros mismos si no fuera por estas herramientas (gramáticas y diccionarios) de estandarización, que resultan tan útiles y prácticas.

¿La lingüística estudia las lenguas de los pueblos “civilizados” con escritura?

Una creencia generalizada es que existen lenguas de “salvajes” y lenguas de “gente civilizada”. Asimismo, hay un prejuicio extendido de que hay lenguas superiores, más ricas o bellas que otras y que, por lo mismo, cada una sirve para propósitos distintos. Lo anterior se refleja en la famosa frase de Carlos I de España (y V de Alemania): “Hablo el español con Dios, el italiano con las mujeres, el francés con los hombres y el alemán con mi caballo”.

La frase anterior es un reflejo del prestigio de unas lenguas sobre otras. Otro ejemplo de la idea de supremacía lingüística es que suele pensarse que el griego antiguo o el alemán son lenguas más ricas porque en ellas

proliferaron múltiples tratados filosóficos, donde aparecen muchos términos especializados; sin embargo, esas voces surgieron de una necesidad comunicativa de los filósofos y no de la riqueza de la lengua. Si un hablante hace elucubraciones filosóficas en cualquier lengua, surgirán términos para ese propósito. Así, como señala Lyons (1977: 45), “no puede considerarse a ninguna lengua intrínsecamente más «rica» que otra; cada una se adapta a las ocupaciones características de sus usuarios”. Por tanto, todos los sistemas comunicativos son complejos, por lo que “no hay en absoluto ninguna correlación entre los distintos estados de desarrollo cultural, a través de los cuales se han «desenvuelto» las sociedades con el «tipo» de lengua hablada en esos estados de desarrollo cultural” (Lyons, 1977: 44).

En alguna ocasión, me encontraba desayunando con un amigo alemán, quien me comentaba lo delicioso que es el pan con crema de avellana y él pensaba en ello con una sola palabra en alemán, algo que podría traducirse más o menos como “mi típico desayuno de las mañanas”. Ante la intraducibilidad

de su palabra al español, me comentó: “Ahora que conozco otras lenguas, me doy cuenta de la riqueza de mi idioma”. Sin embargo, también hubiera podido darse la situación inversa: que un hispanohablante no encontrara la traducción de algo que le viniera repentinamente a la mente; pero mi amigo, como muchas personas, tiene prejuicios en torno a la “calidad” de las lenguas.

Por desgracia, ese tipo de creencias respecto a las lenguas también constituye una discriminación hacia sus hablantes. Todos los seres humanos hablamos una lengua, a menos que tengamos alguna discapacidad de lenguaje, porque ésta es una característica de nuestra especie, pero cada lengua tiene sus peculiaridades en cuanto a su conformación gramatical.

¿Pensar que la lengua de algunos hablantes es superior no es acaso parecido a decir que hay razas superiores? Existen peculiaridades físicas como color de piel, rasgos faciales, estatura, etcétera, que nos hacen distintos, pero no existe ninguna superioridad racial, como predicaba la ideología nazi; simplemente, se trata de características

físicas distintas, bastante superficiales, por cierto. De igual manera, cada lengua tendrá sus rasgos peculiares, que no la hacen ni superior ni inferior a otra. Entonces, ¿decir, por ejemplo, que el suajili, una de las lenguas más habladas en África, es inferior al alemán por no contar con conjugaciones verbales no es un acto de discriminación como decir que una persona de piel oscura es inferior a una de piel clara? Simplemente, la configuración gramatical de ambas lenguas es distinta, así como las concentraciones de melanina en la piel de uno y otro individuo, según las diferentes tonalidades.

Respecto a lo anterior, por desgracia, esta situación de discriminación hacia los hablantes de una lengua constituye una práctica común en nuestro país. Actualmente, el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas identifica un total de 364 variantes lingüísticas pertenecientes a 68 pueblos indígenas (INALI, s/f). Como vemos, en México existe una gran diversidad lingüística, pero las lenguas indígenas no gozan del mismo prestigio que el español.

En incontables ocasiones he escuchado a alguien referirse despectivamente a un

hablante de lengua indígena de la siguiente manera: “Mira, el indito ése está hablando en su dialecto”. Al respecto, debemos aclarar que un dialecto es una variante geográfica de una lengua –por ejemplo, una variante del español es el dialecto de la costa del Pacífico mexicano–, así que todos hablamos uno. Sin embargo, esa palabra se entiende popularmente en nuestro país como sinónimo de lengua indígena, de acuerdo con el *Diccionario del español de México*, y, al parecer, incluso posee una connotación negativa.

Muchas de las lenguas indígenas de México se están extinguiendo, y eso se debe, en gran medida, a la discriminación de los hablantes del español y de los propios hablantes de lenguas indígenas, quienes renuncian a sus propios idiomas por considerarlos inferiores. Si queremos un país más incluyente, debemos respetar la diversidad humana; concretamente en lo que toca al tema de este libro, la diversidad lingüística.

En suma, todas las lenguas son sistemas de comunicación eficientes. Todas, por igual, son susceptibles de ser analizadas a través de las teorías y métodos de la lingüística, a pesar de

que “todavía es muy normal oír a los profanos hablando peyorativamente de lenguas «primitivas» e incluso repitiendo el mito de que existen ciertos pueblos cuya lengua se compone del acopio de un centenar de palabras completadas por gestos” (Lyons, 1977: 44).

Además de la idea de la superioridad lingüística, otra confusión general en los legos de la lingüística es la distinción entre lengua y escritura. La lengua hablada y la escrita no son más que manifestaciones distintas de un mismo hecho. Al respecto, tomemos la clara explicación de Charles Hockett (1972: 13-14):

Con demasiada frecuencia se piensa, incluso, que la escritura es, en cierto modo, más básica que el habla. Casi puede decirse que la afirmación contraria es la verdadera.

Los seres humanos hablan desde hace muchísimo tiempo, quizá millones de años. Comparado con ello, la escritura es una invención reciente. Hasta hace apenas un siglo o poco más, millones de personas que habitaban en países civilizados no sabían ni leer ni escribir, con lo que este conocimiento constituía una de las prerrogativas de las

clases privilegiadas. Todavía hoy hay gran cantidad de analfabetos en algunas partes del mundo. Pero no hay ninguna comunidad humana, en ningún lugar de la tierra, que no posea una lengua completamente desarrollada. Los relatos que circulan acerca de campesinos que tienen un vocabulario limitado a unos pocos centenares de palabras o acerca de salvajes que hablan con gruñidos son puramente míticos.

En un proceso similar, el niño comienza a hablar su lengua materna antes de aprender a leer y escribir y adquiere la capacidad para esto último sobre la base que le proporciona su conocimiento de la lengua hablada.

Por lo anterior, el lingüista se interesa por todas las lenguas, independientemente del desarrollo cultural o tecnológico de sus hablantes o de que posean o no sistemas de escritura. Asimismo, es de interés para la lingüística tanto las manifestaciones escritas como orales de la lengua. No se sabe con certeza cuántas lenguas se hablan en el mundo y el recuento se complica si tomamos en

cuenta aquellas que se han extinguido, pero se calcula que existen más de 6 000 (Martí *et al.*, 2016). Todas ellas, sin excepción, son de interés para la lingüística, de la misma manera que es de interés para la biología el estudio de todos los seres vivos.

Del total de esas lenguas, una importante cantidad es desconocida por diversos factores, tales como el reducido número de hablantes, la falta de documentación por tratarse de lenguas sin escritura (ágrafas), el aislamiento de algunas comunidades, el prestigio de las llamadas lenguas “civilizadas” sobre las lenguas “exóticas”, etcétera.

El español no es ninguna lengua privilegiada, pero ciertamente tiene la ventaja para el lingüista de contar con una amplísima documentación que data de muchos siglos; aun así, hay una gran cantidad de fenómenos que no se han explorado o explicado. Por otro lado, y retomando el tema de la estandarización, la falta de documentación es una desventaja para el estudio de la lengua; de igual manera, para los propios hablantes también constituye un obstáculo. Por ejemplo, en un país como el nuestro, muchos hablantes no

tienen acceso al acervo jurídico, científico y educativo, entre otros, en su propia lengua, lo que los limita enormemente en el contexto sociopolítico.

Muchas de las lenguas indígenas enfrentan el problema de no contar con estandarización; por ejemplo, no hay convenciones ortográficas para su escritura. Si todas ellas contaran con una descripción gramatical y léxica incluida en gramáticas y diccionarios, se facilitaría su estandarización y tendrían un mayor alcance comunicativo. Sin embargo, muchas no poseen ni siquiera la documentación de un inventario del vocabulario básico y mucho menos de su sistema gramatical.

La documentación de las lenguas indígenas no sólo responde a una necesidad de generar conocimiento, sino que también implica un impacto social, en tanto que puede ayudar a eliminar las brechas sociales y la marginación de los pueblos indígenas; aunque claro, se necesitan políticas públicas que atiendan factores socioeconómicos, pero desde la trinchera de la lingüística también se pueden lograr avances muy significativos.

¿Es lo mismo el estudio
de la lengua que el de la literatura?

Me he topado con personas que confunden al lingüista con el escritor, por lo que se sorprenden cuando les comento acerca del carácter científico de la disciplina. Ejemplificaré lo anterior con otra anécdota. Cuando me encontraba elaborando mi tesis de maestría, una vez mi mamá me preguntó acerca del contenido del tema de la misma:

—¿De qué estás haciendo tu tesis?

—De la variación en el uso preposicional del complemento directo con referente humano.

—¿Y eso qué es? —preguntó con extrañamiento.

Le expliqué de la manera más general y sencilla el objeto de estudio de mi tesis. En

términos generales, que el español tiende a marcar con una preposición los objetos directos que hacen referencia a una persona. Después de ofrecerle algunos ejemplos del fenómeno, le expliqué que hay una tendencia estadística, pero también excepciones, y yo estaba estudiando las motivaciones de éstas. Después de la breve explicación, ella comentó:

—Eso lo deben saber muy bien los escritores, ¿verdad?

—No —respondí—, para que García Márquez, por ejemplo, escribiera *Cien años de soledad* no necesitó saber qué factores favorecen o no la marca preposicional en el complemento directo.

—¿Por qué no? —respondió.

Para responder a su pregunta, empleé un símil entre la medicina deportiva y el deporte:

—Haz de cuenta que el escritor es Ana Gabriela Guevara —ejemplifiqué con el nombre de esta corredora porque en aquel entonces estaba en la cúspide de su carrera deportiva y

constituía un ícono del deporte mexicano—. Ella utiliza extraordinariamente su cuerpo, o sea, tiene una habilidad superior para correr al común de la gente, pero no por ello necesariamente conoce todos los mecanismos fisiológicos de su cuerpo; puede que, como parte de su entrenamiento deportivo, tenga ciertos conocimientos, pero eso no la hace experta en fisiología. Del mismo modo, un escritor utiliza el idioma de una manera extraordinaria, pero no necesariamente conoce a nivel teórico todas las reglas y principios que conforman la gramática del español, aunque quizá tenga ciertos conocimientos gramaticales.

Ahora bien, la lengua y la literatura están sumamente relacionadas. De hecho, muchos programas educativos de pregrado incluyen estas dos áreas de conocimiento, como es el caso de la Licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, aunque en algunas otras universidades cada área corresponde a un programa educativo distinto. Charles Hockett (1972) explica las semejanzas y diferencias entre ambas disciplinas recurriendo a una analogía:

El instrumento del escritor es el lenguaje, así como el del pintor son los colores y el del músico los sonidos. El estudio de la lengua, sin embargo, no debe confundirse con el de la literatura. El pintor coincide con el químico en su interés por los pigmentos. Pero mientras el primero se ocupa especialmente por la eficaz selección y colocación de los diferentes colores sobre la tela, el interés del segundo se centra en la composición química de los pigmentos, con prescindencia del uso a que los destine el pintor. Algunos físicos son especialistas en sonido; pero aun cuando se ocupen de los tipos de sonidos que producen los instrumentos musicales, su interés es muy diferente del que mueve al compositor, al intérprete o al auditorio. De modo semejante, la materia prima del escritor concierne al lingüista, pero lo mismo cuando la usa con propósitos literarios que cuando no es así (p. 14).

Entonces, como habrás notado, el quehacer de un lingüista y el del literato (especialista en literatura) es distinto; mientras el

primero estudia los mecanismos que configuran el sistema gramatical de la lengua, el segundo estudia los mecanismos que configuran la obra literaria. Ten en cuenta que la creación literaria y el análisis literario no son lo mismo, como se suele confundir.

Tanto el estudio de la lengua como el de la literatura son sumamente relevantes. Por un lado, el lenguaje es esencial y omnipresente en la vida humana, así, cuanto mayor sea su comprensión, mayor será nuestra comprensión de nosotros mismos y nuestro entorno. De la misma manera, el estudio de la literatura permite una mejor comprensión del ser humano, pues la literatura parece ser un fenómeno universal, ya que “en casi todas las sociedades humanas conocidas se encuentra algún tipo de literatura” (Hockett, 1972: 15).

Cabe hacer la aclaración de que la literatura no necesariamente implica a la escritura, como se pudiera pensar, pues existen múltiples manifestaciones literarias transmitidas mediante la tradición oral. ¿Conoces la leyenda de la llorona? Seguramente sí porque alguien te la contó y no porque la hayas leído en algún libro. Ése es un ejemplo de tradición oral. Hay

muchos pueblos ágrafos, pero ello no implica que no tengan manifestaciones literarias.

Los estudios literarios y lingüísticos, si bien, como hemos visto, tienen objetos distintos de estudio, se encuentran sumamente relacionados. Una disciplina que conjunta ambos quehaceres del conocimiento es la filología, que estudia una cultura a través de sus manifestaciones lingüísticas y literarias. Los programas educativos en Letras, como el de la UAA, tienen un enfoque filológico, pues abarcan tanto el ámbito lingüístico como el literario. De hecho, en muchas universidades, los programas con este enfoque reciben el nombre de Filología, por ejemplo: Licenciatura en Filología Inglesa.

¿La lingüística es una ciencia?

El lenguaje es omnipresente en el quehacer humano, además, hay personas que necesitan hacer uso de él por razones profesionales; por ejemplo: el foniatra, puesto que su trabajo consiste en superar impedimentos del lenguaje; el psicólogo, en tanto que uno de los factores esenciales del comportamiento humano radica en la capacidad del lenguaje; el escritor, ya que su materia prima es la lengua. En fin, la lista de profesionistas vinculados con el lenguaje es muy vasta. No obstante, para todos ellos, el conocimiento de la lengua es un medio y no un propósito en sí mismo. En cambio, para los lingüistas el conocimiento de la lengua constituye un fin en sí mismo, pues es su objeto de estudio.

Toda ciencia tiene un objeto de estudio. Por ejemplo, la biología se ocupa de estudiar

el origen, evolución y propiedades de los seres vivos, y de manera similar, la lingüística se encarga de estudiar el origen, evolución y propiedades de las lenguas. Entonces, así como la biología, la lingüística también es una ciencia. Pero, ¿qué es lo que le otorga su carácter científico a esta última?

En las conversaciones entre lingüistas suelen escucharse palabras como *alomorfo*, *archifonema*, *isoglosa*, *sintagma*, etc. En otras ocasiones, los legos que escuchan las pláticas de los lingüistas se convencen de su cientificidad sólo por el uso de este tipo de términos, pero cualquier quehacer humano tiene un léxico especializado, desde la fontanería hasta la física nuclear. Al respecto, el diálogo caricaturizado del principio del libro no está tan alejado de la realidad, pues en múltiples ocasiones me he topado con gente que al escuchar a un lingüista dice: “¡Qué difícil es la lingüística! Ahora me explico por qué dices que es una ciencia”. Quizá si el lego en la materia conociera el léxico especializado, no le parecería tan complejo.

Ahora bien, si el carácter científico lo diera la facilidad o dificultad de un quehacer

humano, la acrobacia sería una ciencia y no una actividad deportiva o arte escénica. Se suele creer que el quehacer científico es complicado, de ahí que coloquialmente empleemos frases como «tender una cama no tiene ninguna ciencia». En suma, el carácter científico de una disciplina no obedece a su grado de dificultad. Además, ¿qué es fácil o difícil? Eso depende de las aptitudes de cada quien; por ejemplo, aunque las matemáticas tienen fama de ser complicadas, a muchas personas les resultan fáciles y divertidas.

La lingüística es una ciencia debido a que estudia la lengua a través de datos verificables obtenidos a través de la observación o experimentación, es decir, su naturaleza es empírica y no especulativa. Aquí encontramos una diferencia con la gramática tradicional, cuyo carácter es precientífico. Ésta se remonta a tiempos muy lejanos, pues ya desde la antigua Grecia encontramos estudios de gramática, incluso en culturas anteriores a ésta, como la sumeria.

En resumen, la lingüística es el estudio científico de la lengua. Hay disciplinas en las que no es necesario hacer la aclaración acer-

ca de su carácter científico, como la física, la biología o la química. Entonces, ¿por qué es necesario validar la condición científica de la lingüística? Esto se debe a que damos por sentada la lengua como algo que nos fue concebido desde niños, y además existe toda una serie de prejuicios sociales y culturales en torno a ella. Por ello, para analizarla, debemos despojarnos de todos ellos.

Respecto a lo anterior, es muy común que cuando alguien se entera de tu profesión, inmediatamente te pregunta si tal o cual palabra o frase están bien o mal dichas. Incluso hay quienes suelen preguntar: “¿hablo bien?”. Sin embargo, a menos de que se tenga alguna patología del lenguaje, todos hablamos bien.

El origen de estas confusiones radica en que, a diferencia de la lingüística, en la gramática tradicional la lengua no es un objeto de estudio en sí mismo, sino un medio para lograr distintos objetivos, como escribir correctamente, explicar problemas filosóficos, interpretar textos literarios, etc. Del mismo modo, en la gramática prescriptiva, a diferencia de la lingüística, el estudio de la lengua no es una finalidad en sí misma, sino

un medio para expresarnos “correctamente”. En cambio, el interés de la lingüística consiste en conocer cómo funciona la lengua como una finalidad *per se*.

Si bien las reflexiones lingüísticas se remontan a épocas ancestrales, como hemos visto, es hasta el siglo XIX que se empieza a gestar el carácter científico de la disciplina en la obra de los pensadores conocidos como *neogramáticos*, quienes centraron su obra en el análisis histórico-comparativo de las lenguas, de manera que, a partir de similitudes y diferencias entre ellas, establecieron las familias lingüísticas. Es algo similar a lo que ocurre con las especies: así como el antecesor del elefante es el mamut, como lo creen muchos expertos en el tema (Elefantepedia, s/f), la lengua antecesora del español es el latín, por ejemplo; pero a la vez, podríamos hablar de una lengua “abuela”: el sánscrito. A finales del siglo XVIII se descubrió que esta lengua antigua y sagrada de la India estaba relacionada con el griego, el latín y otras lenguas de Europa.

Como podrás notar, en esta visión de la lengua está muy presente la idea de evolución, que no es de extrañar si tomamos en cuenta que se trata de las representaciones dominantes del pensamiento del siglo XIX. A raíz de la publicación de *El origen de las especies* de Darwin, en 1859, que propone el concepto de selección natural, otras ciencias, incluidas las sociales, adoptaron una perspectiva positivista que promovió la búsqueda de leyes de evolución. Con perspectiva positivista me refiero al planteamiento filosófico que sostiene que el auténtico conocimiento es el obtenido a través del método científico.

Un ejemplo del carácter científico de la lingüística que fue bastante investigado por los neogramáticos es la formulación de leyes, de manera similar a las leyes de la física, fenómenos en particular que siempre ocurren si se presentan ciertas condiciones. En lingüística, una ley es una formulación de una regularidad estadística observada en la producción de cualquier fenómeno lingüístico. Un ejemplo de ley lingüística es el siguiente:

En el paso del latín al español moderno, las oclusivas intervocálicas sonorizan. Para

comprender esta ley, expliquemos someramente los términos especializados. *Oclusivas* se refiere a los sonidos de consonantes en los que se interrumpe el aire al articularlos, aquellos que se representan alfabéticamente con las letras *p, b, t, d, k, g*. La distinción entre consonante sorda y sonora se refiere a la vibración de las cuerdas vocales, de manera que las oclusivas sordas son *p, t, k* y las sonoras *b, d, g*. La ley enunciada quiere decir que, en el tránsito del latín al español, las consonantes sordas que se encuentran entre dos vocales se vuelven sonoras, como se observa en los siguientes ejemplos de evoluciones de palabras latinas hacia palabras españolas: *sapere* > saber, *latrone* > ladrón, *dracone* > dragón. Nótese cómo la *p* evoluciona a *b*, la *t* a *d* y la *c* (sonido de la *k*) a *g* (véase Lathrop, 2002, cap. 2).

Un heredero directo de la escuela de los neogramáticos fue una de las figuras paradigmáticas de la lingüística, el suizo Ferdinand de Saussure, a quien se le considera el fundador del estructuralismo lingüístico. En 1916 aparece la publicación de la obra pionera para el inicio y posterior desarrollo de la lingüística moderna, lo que se refleja

hasta en el título: *Curso de lingüística moderna*. Un dato interesante de esta obra es que no fue escrita directamente por Saussure, sino que fue redactada de manera posterior a su muerte por dos colegas, quienes se basaron en los apuntes de sus alumnos.

A diferencia del pensamiento neogramático, basado en una postura positivista, el *modelo estructural* propone que los diversos elementos que integran la lengua poseen relaciones de dependencia, lo que conlleva a la conformación de una estructura, de ahí el nombre del modelo. Así, la lengua no es un conjunto de formas aisladas, sino que todas se encuentran en una relación de mutua dependencia. Por lo tanto, la lengua constituye un sistema.

Además de Saussure, otra de las grandes figuras de la lingüística es el estadounidense Noam Chomsky, quien también es uno de los pensadores más reconocidos por su activismo político, consistente en una crítica al capitalismo. Este autor es el fundador de la llamada *gramática generativa*, una teoría sobre la adquisición individual del lenguaje que postula que éste es innato, y defiende, por tanto, la

existencia de una gramática universal, la cual se concreta en las reglas gramaticales de las distintas lenguas a partir de una serie de normas, mismas que “generan” (de ahí el nombre del modelo teórico) la gramática de una lengua.

Posterior al estructuralismo y la gramática generativa podemos hablar de un tercer modelo teórico de gran importancia para la lingüística. Se trata del llamado *funcionalismo*. Este modelo plantea que las estructuras de la lengua están al servicio de la codificación de contenidos, de manera que la noción del contexto (la historia, la sociedad, la cultura, etc.) es fundamental para comprender el funcionamiento del lenguaje.

Además de los tres modelos teóricos que hemos mencionado, existen muchas variantes de estos modelos, como la gramática cognitiva, la teoría de la optimalidad, la gramática de construcciones, etcétera. No me detendré a explicar cada uno de los modelos, pues éste no pretende ser un libro teórico. Lo importante en este caso es resaltar que existen distintos modelos para explicar la estructura y el funcionamiento de la lengua. Ésta es una característica de la ciencia: construir

un modelo de la realidad que quiere explicar; esto es, la ciencia parte de un constructo teórico que intenta explicar la naturaleza de su objeto de estudio.

Ahora bien, ¿por qué no hay un solo modelo para explicar la estructura y el funcionamiento de la lengua? Todo modelo tiene virtudes y desventajas. Los investigadores se percatan de que hay algunos aspectos del modelo teórico que no alcanzan a explicar ciertas peculiaridades del objeto de estudio, por eso los modelos teóricos se van enriqueciendo. Lo anterior se vincula con el contenido del libro *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas Kuhn (2011), historiador y filósofo de la ciencia estadounidense, quien argumenta que el modelo teórico de cierto periodo corresponde a las opciones y estrategias intelectuales de las cuales disponen las personas en cierto momento y que, en un momento histórico determinado, hay un cambio de paradigma. El autor ilustra lo anterior con el estudio de los planetas. El astrólogo, matemático y astrónomo greco-egipcio Claudio Ptolomeo explicó el movimiento de los planetas en términos de un universo cuyo centro

era una Tierra inmóvil; ahora sabemos que más bien los planetas orbitan alrededor del Sol y eso es gracias al cambio de paradigma que introdujo Galileo Galilei.

En el caso de la lingüística, el modelo teórico de Saussure no es suficiente para explicar la adquisición individual del lenguaje, por lo que Chomsky formuló un modelo teórico independiente. A su vez, la gramática generativa es insuficiente para aclarar los cambios históricos o sociales de la lengua, los cuales sí pueden ser explicados a través del modelo funcional.

Como se puede ver, la lingüística sí es una ciencia; ha sufrido todo un proceso evolutivo. Los estudios de la gramática tradicional, como son los de la antigua Grecia o los de la Edad Media, por ejemplo, presentan un carácter precientífico, pero con el paso de los siglos su propia evolución convirtió a los estudios lingüísticos en una ciencia, la cual ha sufrido diversos cambios de paradigma teórico.

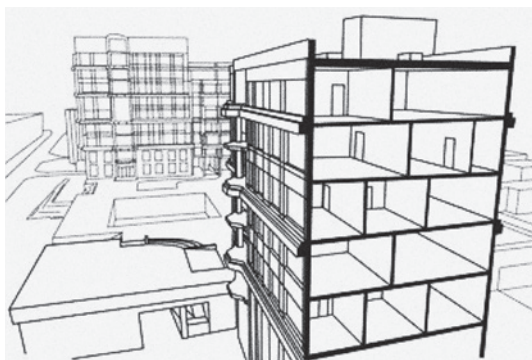
¿Qué elementos de la lengua estudia la lingüística?

Como vimos en el capítulo anterior, una de las grandes aportaciones del estructuralismo es la noción de sistema, lo que significa que la lengua está conformada por un conjunto de elementos relacionados entre sí que se rigen por una serie de reglas.

Pensemos en la lengua como un edificio. Éste tiene una serie de partes que se relacionan entre sí y que responde a ciertas reglas. Si un edificio no se construye conforme a una serie de reglas, se derrumba de inmediato; esto quiere decir que las estructuras deben tener cierta organización. Si un conjunto de ladrillos se une conforme a un orden, se forman los muros; un conjunto de muros constituye una habitación; un conjunto de habitaciones conforma los pisos, y así sucesivamente. La

Figura 2 ilustra el sistema de estructuras de un edificio.

Figura 2. Sistema de estructuras de un edificio



Fuente: <https://bit.ly/2UuosdP>.

De manera similar, los elementos de la lengua se organizan para conformar estructuras mayores que, a su vez, constituyen otras estructuras aún mayores, y así sucesivamente, como en el Esquema 1, que ejemplifica la estructura de la oración *el gato blanco está maullando*.

Esquema 1. Ejemplo de estructura de una oración

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|-------------------------------|------|---|--------|---|---|----------------|---|-----------|------|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| el gato blanco está maullando | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| el gato blanco | | | | | | está maullando | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| el | gato | | blanco | | | está | | maullando | | | | | | | | | | | | | | | |
| el | gat | o | blanc | | o | est | á | maull | ando | | | | | | | | | | | | | | |
| e | l | g | a | t | o | b | l | a | n | c | o | e | s | t | á | m | a | u | l | a | n | d | o |

Fuente: inspirado en el capítulo XVII de Hockett (1972).

Quien no se encuentra suficientemente familiarizado con la lingüística suele creer que el estudio del lenguaje implica el estudio de las palabras, como si éstas fueran unidades aisladas. Si éste fuera el caso, al aprender una segunda lengua bastaría con aprendernos una extensa lista de vocabulario con su respectivo significado, pero todos los que han estudiado una segunda lengua saben que eso no es cierto, pues las palabras de la lengua se articulan a través de un sistema gramatical. Pensemos en las oraciones *Juan mató a María* y *María mató a Juan*. Como se podrá notar, las dos tienen exactamente las mismas cuatro palabras, pero el orden de éstas cambia y también su significado: ¿no es lo mismo ser el asesino que el asesinado!

La gramática de una lengua está integrada por diferentes niveles. Para comunicarnos, necesitamos articular una serie de sonidos que se combinan para conformar significados. Pensemos en las palabras *gato* y *toga*: las dos están conformadas por los mismos sonidos, pero acomodados en distinto orden. Los sonidos reciben el nombre de fonemas. Ahora bien, los fonemas no son el sonido como tal, sino la representación abstracta del sonido. Los hispanohablantes tenemos una idea de cómo suena la *n*, entonces, ésa es la representación abstracta, independientemente de cómo la pronunciamos. La representación concreta del sonido, esto es, la variación acústica de un fonema, recibe el nombre de *alófono*.

Pensemos en alguien con dentadura postiza que se la ha quitado y habla. Los sonidos que emite no corresponden propiamente con la representación abstracta del sonido, quizá su pronunciación puede llegar a ser más sibilante. ¿Qué me dices de cuando tenemos una fuerte gripe? A lo mejor la frase «mi mamá» se escucha más parecida a «bi babá»; sin embargo, la gripe no es un impe-

dimento tan grande para comunicarnos, precisamente porque los hablantes tenemos una representación abstracta del sonido, por eso podemos reconocer el sonido con relativa facilidad, lo que no ocurre de manera tan sencilla con el reconocimiento informático de la voz. Alguna vez hablé al centro de atención al cliente de un banco, donde el reconocimiento de la voz es una contraseña; como ese día tenía la nariz totalmente constipada, fue imposible el reconocimiento de mi voz, por lo que no pude hacer el trámite vía telefónica.

La anécdota anterior nos muestra que los hablantes contamos con una representación abstracta muy eficiente del sonido, llamada *fonema*, que aún no ha podido emular de manera tan eficiente el procesamiento artificial de la voz. Esos fonemas se articulan para formar un significado. Así, la lingüística habla, gracias a las aportaciones del estructuralismo, de una doble articulación de la lengua que se conforma por un significante y un significado. La Figura 3 ilustra cómo es el signo lingüístico. De acuerdo con Saussure, hay una unión indisoluble entre significado y significante:

Figura 3. Signo lingüístico



Fuente: <https://bit.ly/2TplfuP>.

El significado del signo lingüístico se refiere a un concepto. Los hispanohablantes hemos escuchado la palabra *gato* y hemos tenido experiencia con estos animales, así nos formamos un concepto que asociamos con el significante, conformado por los cuatro fonemas *g + a + t + o*. Cada uno de estos sonidos constituye la unidad lingüística mínima, por-

que no es posible descomponerlos en unidades menores.

Otra de las características de los fonemas radica en que, si bien por sí mismos no poseen significado, tienen una función diferenciadora, pues nos permiten distinguir entre dos signos lingüísticos, por ejemplo: *pata* frente a *bata*. Hay muchos chistes lingüísticos que nos reflejan el sistema fonológico de una lengua dada. Ahí tenías a un árabe que le decía a una muchacha:

—Alza tu *bata*.

—Señor, no sea grosero, ¿cómo cree que voy a ser tan impúdica?

—¡No! Alza tu *bata* que me estás *bisando*.

Lo que el señor árabe quería decir era *pata* en lugar de *bata* y *pisando* en lugar de *bisando*. El ejemplo muestra que la sonoridad (vibración de las cuerdas vocales) del sonido bilabial oclusivo, aquél en que juntas los labios y se obstruye el aire, no es un rasgo relevante para la lengua árabe.

Después de los fonemas, la segunda unidad lingüística más pequeña es el *morfema*. A

diferencia del fonema, el morfema sí tiene significado, por eso es la unidad mínima con significado. Piensa en la palabra *gato*, que como se observa en la Figura 3, se puede dividir en dos elementos con significado: *gat* + *o*. La suma de los dos morfemas anteriores da como resultado la palabra *gato*. De esta manera, el siguiente nivel lingüístico es la palabra o vocablo.

La palabra *gato*, ilustrada en la Figura 3, conforma el núcleo de un grupo de palabras: *el gato blanco*. Este tipo de agrupaciones de palabras gobernadas por un núcleo recibe el nombre de *sintagma*. A su vez, los sintagmas conforman oraciones, como *el gato blanco está maullando*. La oración puede definirse como una unidad mínima de predicación, es decir, pone en relación un sujeto con un predicado. Muy probablemente en la escuela te habrán enseñado a distinguir entre el sujeto y el predicado de la oración.

Ahora bien, las palabras, los conjuntos de palabras y las oraciones pueden conformar enunciados por sí solos, que son unidades mínimas de comunicación. Así,

un enunciado puede ser no oracional, como en «¡Felicidades!», u oracional, como en «¡Te felicito!».

Como hemos visto hasta ahora, los elementos que conforman el enunciado, salvo el fonema, cuentan con significado. Este significado puede depender del contexto, por ejemplo, el enunciado oracional ilustrado en el Esquema 1, *el gato está maullando*, nos sugiere inmediatamente a un felino emitiendo un sonido; pero en un contexto donde a una persona le apodaran “el gato” y lo señaláramos, la oración podría sugerir que esa persona está hablando, en un enunciado con un toque de sentido del humor.

El conjunto de enunciados conforma lo que se conoce como *discurso*, que puede entenderse, en un sentido amplio, como las estrategias para la elaboración de un mensaje mediante diversos recursos expresivos. De esta forma, podemos hablar de un discurso religioso, científico, literario, periodístico, etcétera. Por ejemplo, el enunciado *el gato blanco está maullando* podría aparecer en un discurso literario, en una novela.

De esta manera, en la lengua existen diferentes niveles de análisis que van desde el fonema, la unidad más pequeña, hasta el discurso, la unidad más grande.

¿Qué ramas de la lingüística estudian los diferentes niveles de análisis?

En el apartado previo hablé sobre las diferentes unidades de análisis lingüístico: fonema, morfema, palabra, sintagma, oración, enunciado y discurso. Cada una de estas unidades es estudiada por una rama de la lingüística, las cuales se enlistan en la Tabla 1.

Tabla 1. Niveles de análisis lingüístico

| Unidad de análisis | Rama de la lingüística que la estudia |
|------------------------------|--|
| Fonema | Fonología |
| Morfema | Morfología |
| Sintagma, oración, enunciado | Sintaxis |
| Conjunto de enunciados | Análisis del discurso |

Además, como también he mencionado, a partir del morfema, todas las unidades de análisis tienen significado. Los fonemas, por sí solos, no lo tienen, pero sí son capaces de diferenciar significados, como en *pata* y *bata*. La rama de la lingüística que estudia el significado de las unidades significativas de la lengua es la *semántica*.

Existe una disciplina muy emparentada con la semántica que recibe el nombre de *pragmática*, la cual estudia el modo en que el contexto influye en la interpretación del significado, tal como ejemplifiqué anteriormente con las dos posibles interpretaciones del enunciado oracional *el gato está maullando*.

Como podemos observar, la semántica y la pragmática son áreas transversales a los diferentes niveles de análisis, por lo que las podemos representar gráficamente como en la Tabla 2.

Tabla 2. Áreas transversales del análisis lingüístico

| Unidad de análisis | Rama de la lingüística que la estudia | |
|------------------------------|---------------------------------------|-------------------------|
| Fonema | Fonología | Semántica Pragmática |
| Morfema | Morfología | |
| Sintagma, oración, enunciado | Sintaxis | |
| Conjunto de enunciados | Análisis del discurso | |

¿Con qué otras ramas se relaciona la lingüística?

Me han preguntado si la lingüística es una ciencia social o natural. Para responder a esa interrogante, debemos tener en cuenta que la lengua es omnipresente en la vida humana. Los seres humanos somos biológicos y sociales, pues nuestro lenguaje, que es lo que nos caracteriza, es un hecho biológico y social. Es por esto que la lingüística puede ser considerada tanto una ciencia social como natural, dependiendo del enfoque que le demos.

Para ejemplificar las dos dimensiones de la lingüística pensemos en su disciplina hermana, la antropología, que es el estudio científico del ser humano. Este objeto de estudio se puede analizar desde una dimensión biológica, a partir de la antropología física o

biológica; o bien, desde una dimensión social, a partir de la antropología social.

Más allá de definir el carácter social o natural de la lingüística, debemos tener presente que esta ciencia se vincula con muchas otras disciplinas, precisamente por la omnipresencia de la lengua en el ámbito humano. Por ello, hay numerosas ramas de esta ciencia con un enfoque interdisciplinario. Al respecto, cabe señalar que la actual filosofía de la ciencia ya no acepta, como antes, la idea de que exista un método único de investigación aplicable a todas las ramas de la ciencia. De hecho, como menciona Lyons (1984), “el término mismo de ‘método científico’ parece un tanto pasado de moda, incluso decimonónico” (pp. 33-34). Por lo tanto, en los estudios de lingüística no existe una sola metodología.

Alguna vez una doctora en neurociencias me preguntó sobre los métodos de la lingüística:

—¿En lingüística suelen emplear esos métodos raros, los cualitativos?

—No sé qué tengan de raro —contesté—, pero sí, solemos emplearlos.

¿Con qué otras ramas se relaciona la lingüística?

—Entonces no hacen trabajo de estadística, ¿verdad?

—También. Hacemos cálculos estadísticos muy complejos.

—¿Y a poco hacen diseños experimentales? —preguntó con una mezcla de asombro e incredulidad.

—Claro que sí. Muchos lingüistas trabajan en laboratorios con sofisticados diseños experimentales.

—Entonces, ¿trabajan todos los métodos? —preguntó extrañada.

—Sí, depende del objeto de estudio y el enfoque con el cual se quiera explicar —contesté.

En esta conversación se puede observar que la metodología de la lingüística puede ser muy diversa, y eso tiene que ver, en gran medida, con su carácter interdisciplinario. A continuación, enlisto y defino someramente algunas de las ramas interdisciplinarias de la lingüística:

- Sociolingüística. Estudio de la lengua en relación con la sociedad.

- Etnolingüística. Estudio de la lengua en relación con la cultura.
- Psicolingüística. Estudio de la lengua en relación con la mente, los procesos cognitivos y la conducta.
- Neurolingüística. Estudio de los mecanismos del cerebro que posibilitan la comprensión, producción y adquisición del lenguaje.
- Lingüística computacional. Se ocupa de describir la estructura y el funcionamiento de la lengua natural, a fin de que pueda ser emulada por una computadora.
- Biolingüística. Estudio de la lengua desde una perspectiva biológica y evolutiva.

¿Se puede hablar de una lingüística “pura”?

De lo expuesto en el apartado precedente, pudiera desprenderse que la lengua sólo puede estudiarse en relación con otros objetos de estudio; sin embargo, los estudios lingüísticos pueden ser “puros”, en el sentido de que se estudia la lengua sin relacionarla con otra disciplina.

Al respecto, la lingüística “pura”, no interdisciplinaria, se ocupa únicamente de la estructura de los sistemas lingüísticos, sin tener en cuenta, por ejemplo, cómo se almacenan las lenguas en el cerebro o cómo se adquieren, o sin considerar la mutua dependencia entre lengua y cultura, los mecanismos fisiológicos que la hacen posible o los procesos cognitivos involucrados en su producción y comprensión.

Ahora bien, el estudio de los sistemas lingüísticos puede abordarse desde dos puntos de vista, que también le debemos a las aportaciones de Ferdinand de Saussure: el *sincrónico* y el *diacrónico*. El primero se refiere a un corte temporal en la evolución de la lengua, es decir, estudia el sistema de la lengua en un momento histórico preciso. El enfoque diacrónico, por otro lado, se interesa en la evolución del sistema lingüístico, es decir, el devenir histórico de la lengua. El enfoque sincrónico sería como una fotografía de la lengua, mientras que el diacrónico como una película, que es una sucesión cronológica de fotografías. Para ejemplificar el enfoque sincrónico y diacrónico tomemos como ejemplo el verbo español *haber*.

Desde el punto de vista sincrónico, en el español actual, el verbo *haber* se utiliza en los tiempos compuestos (*he comido*, por ejemplo) y en las perífrasis de necesidad u obligación “*haber de + infinitivo*” y “*haber que + infinitivo*”. Se usa como verbo en tercera persona en construcciones impersonales (*hay gente, habrá fiesta*), aunque hay variantes que no atienden a la norma

estándar, donde se emplea la variante regular *hemos*.

Desde el punto de vista diacrónico, los verbos compuestos provienen de una perífrasis latina de significado resultativo (es decir, que indica resultado), como en *habeo litteras scriptas*, que significa "tengo escritas las cartas". En latín, el verbo *habere* tenía un significado muy distinto al actual *haber*, pues era un verbo de posesión, como el actual verbo *tener*. En el español aún quedan ciertos vestigios del significado de posesión del verbo en expresiones jurídicas, como *no ha lugar*, lo cual se debe a que el lenguaje jurídico tiende a ser arcaizante. Además, el verbo tenía la posibilidad de conjugarse también en primera y segunda persona, a diferencia de la norma estándar actual. Entonces, desde el punto de vista diacrónico, el verbo *habere* evolucionó de un verbo de posesión a un verbo existencial, y también adquirió una conjugación peculiar.

¿Qué alcance pueden tener los estudios lingüísticos?

La profundidad de los estudios puede variar: puede haber microestudios o macroestudios. En los primeros se analiza un objeto de estudio muy específico que se aborda de manera exhaustiva, por ejemplo, un verbo en particular; mientras que en los segundos se toma un objeto de estudio más general que se analiza más superficialmente, por ejemplo, un estudio sobre el léxico de una región. En suma, en los microestudios se estudia mucho de poco; y en los macroestudios, poco de mucho.

En algunos seminarios multidisciplinares, los colegas de otras áreas, por ejemplo, de comunicación, se sorprenden de lo específico que pueden llegar a ser los objetos de estudio de la lingüística, lo que tal vez incluso

les parezca ocioso. Quizá se pregunten: ¿por qué estudiar un verbo de los miles que hay en la lengua? Lo que sucede es que cuanto más específico sea el objeto de estudio, mayor es la profundidad de su análisis.

Se debe tomar en cuenta que la inducción es uno de los objetivos de la ciencia. Esto quiere decir que, a partir de datos muy concretos, se crean principios y modelos teóricos generales. Un biólogo puede estudiar los mecanismos de reproducción de un tipo específico de bacteria, pero ese estudio puede ser una evidencia a favor de ciertos procesos descritos en la teoría. De igual manera, quizá en lingüística se analice un objeto de estudio muy específico, como un verbo, pero ese análisis puede confirmar o poner en duda ciertos principios y modelos teóricos generales. Así se va creando la ciencia, cada quien pone un pequeño tabique para construir modelos teóricos. Los grandes genios, como Einstein en la física o Chomsky en la lingüística, no sólo aportan un pequeño tabique, sino muros completos.

¿Para qué sirve la lingüística?

Para contestar esta pregunta, debemos considerar que la ciencia no siempre tiene una aplicación inmediata. Ejemplificaré lo anterior con el tema de mi tesis doctoral, que trata sobre los diversos significados y patrones gramaticales en los que aparece el verbo *tener*. Acaso el lector piense que el tema es una ociosidad, pero no lo es, porque responde a una necesidad de generar conocimiento respecto al funcionamiento de la lengua.

El ser humano es curioso y le interesa investigar cómo funciona el mundo que lo rodea. Ése es el caso, por ejemplo, de uno de los científicos más sobresalientes de la historia: Albert Einstein. Desde pequeño mostró una intensa curiosidad por entender el fenómeno de la gravedad, le intrigaba conocer aquella fuerza extraña que hacía caer a los

objetos, pero no se encontraba totalmente satisfecho con la explicación de Isaac Newton, lo que lo llevó a formarse como físico y desarrollar la teoría de la relatividad. El desarrollo de esta teoría respondió a una necesidad de generar conocimiento sobre el universo, pero Einstein en ningún momento pensó en las múltiples aplicaciones de su teoría, entre ellas el geolocalizador o GPS, que se ha vuelto una herramienta indispensable. ¿Qué te parece?, si no fuera por Einstein no podrías mandar tu ubicación vía teléfono celular.

Como vemos, la ciencia puede responder a una necesidad de generar conocimiento, pero también puede emplearse para resolver una necesidad práctica; aquella cuyo objetivo es la generación de conocimiento recibe el nombre de *ciencia básica*, mientras que la *ciencia aplicada* resuelve dicha necesidad práctica.

En lo que se refiere a la lingüística, su dimensión de ciencia básica se conoce como *lingüística teórica*, cuyo objetivo es generar conocimiento acerca de cómo funciona la lengua. Por otro lado, la *lingüística aplicada* tiene como meta la aplicación de las teorías, méto-

dos y conocimientos de la lingüística teórica a la resolución de problemas en los que está implicada la lengua. Para ilustrar el quehacer de la lingüística aplicada expondré brevemente algunas de sus ramas.

Una de las grandes áreas de la lingüística aplicada, y quizá la más obvia, es la enseñanza de lenguas, ya sea la lengua materna o una segunda lengua. Sin embargo, hay otras áreas que tal vez desconozcas, como la lingüística forense, área interdisciplinaria que combina la lingüística con el derecho, cuyo objetivo es analizar el lenguaje cuando éste es materia de una prueba pericial en un proceso judicial. Otro ejemplo es la ingeniería lingüística, cuyo objeto de estudio es la simulación de la conducta lingüística con medios informáticos para fines prácticos, como el hecho de que una computadora reconozca la voz y procese instrucciones. ¿Verdad que es muy práctico preguntarle oralmente algo a Google? Pues eso se lo debemos a la lingüística aplicada.

Las ramas interdisciplinarias de la lingüística también tienen distintas aplicaciones. Una de las aplicaciones directas de

la neurolingüística es el estudio y la terapia de los trastornos del lenguaje, como las afasias, las cuales se producen por daños cerebrales, como accidentes cardiovasculares, traumatismos y tumores. Ahora bien, no debes confundir la neurolingüística con la llamada *programación neurolingüística*, un método de desarrollo personal y psicoterapia que, si bien se ha inspirado en ciertos postulados de la lingüística, se considera una pseudociencia, debido a su carencia de validez empírica.

Otro ejemplo de aplicación del enfoque interdisciplinario de la lingüística es la denominada *planificación lingüística*, que, basada en los postulados de la sociolingüística, analiza los contextos económicos, políticos y educativos en los que interactúan grupos con asimetrías de poder, a fin de diseñar e implementar políticas que prescriban a las lenguas o variedades de lenguas que serán usadas y los propósitos para los cuales serán empleadas con el fin de encontrar soluciones a problemas de lenguaje o de comunicación. ¿Recuerdas lo que mencioné acerca de la situación de los pueblos indígenas

¿Para qué sirve la lingüística?

en México? Pues bien, en nuestro país son urgentes, no sólo necesarios, los estudios de planificación lingüística para el diseño de políticas lingüísticas justas e incluyentes.

Entonces, ¿qué hace un lingüista?

La respuesta obvia a esta pregunta es: “dedicarse a la lingüística”. El problema es que si no tenemos claridad respecto a qué es esta disciplina, realmente no podemos comprender qué hace un lingüista.

Espero que este opúsculo les haya dado una idea general acerca del quehacer de esta profesión a los zombis lectores. Ahora que ya hemos desmitificado muchas de las falsas creencias en torno a la lingüística y hemos echado un vistazo a su objeto de estudio y a sus ramas, podremos contestar con más facilidad esta pregunta, cuya respuesta servirá, a la vez, como colofón.

Algunos de los ámbitos laborales del lingüista son los siguientes:

- Investigación en lingüística teórica o aplicada
- Asesoramiento lingüístico
- Labores editoriales y periodísticas como redactor
- Corrección de estilo
- Creación de material pedagógico para el aprendizaje de lenguas
- Docencia de lenguas
- Elaboración de materiales lexicográficos
- Análisis de pruebas periciales de índole lingüística en contextos jurídicos
- Diseño de políticas lingüísticas
- Diseño de procesamiento automático del lenguaje
- Terapia de lenguaje
- Publicidad
- Traducción

Si eres un zombi en la etapa de decidirse por una carrera universitaria y te ha llamado la atención la lingüística, te comento que hay tres programas educativos en la UAA en donde la podrás estudiar: la Licenciatura en Letras Hispánicas, la Licenciatura en Docencia del Inglés y la Licenciatura en Docencia del

Francés y Español como Lenguas Extranjeras. La primera tiene un enfoque mucho más teórico, mientras que las otras dos se encuentran más vinculadas con la lingüística aplicada. A lo mejor aún no has tomado una decisión, pero las siguientes preguntas te pueden ayudar:

- Cada que tienes una duda, ¿consultas el diccionario?
- ¿Te apasiona conocer la naturaleza de las lenguas?
- ¿Te llaman la atención las diferentes formas de hablar de las personas?
- ¿Te preguntas de dónde surgió determinada palabra?
- ¿Te gustaba la clase de lengua en la primaria, secundaria y preparatoria?

Referencias

- Cultura Inquieta. (2017). Preciosa cartografía del árbol genealógico de la lingüística. Disponible en: <https://bit.ly/2z4qYAM>
- Diccionario del español de México (DEM)*. Disponible en: <http://dem.colmex.mx>. El Colegio de México, A. C. [julio, 2018].
- Elefantepedia. (s/f). Elefantes. Enciclopedia ilustrada. Disponible en: <http://www.elefantepedia.com> [agosto, 2018].
- Hockett, C. F. (1972). *Curso de lingüística moderna*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI). (s/f). Disponible en: <https://www.inali.gob.mx/> [junio, 2018].

- Kuhn, T. (2011). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lathrop, T. A. (2002). *Curso de gramática histórica del español*. 3ra. ed. Barcelona: Ariel.
- Lyons, J. (1977). *Introducción en la lingüística teórica*. Barcelona: Teide.
- Lyons, J. (1984). *Introducción al lenguaje y a la lingüística*. Barcelona: Teide.
- Martí, F. et al. (2006). *Palabras y mundos: informe sobre las lenguas del mundo*. Vol. 103. Barcelona: Icaria Editorial.
- Nebrija, A. (s/f). *Gramática de la lengua castellana*. Asociación Cultural Antonio de Nebrija. Disponible en: <http://antonio-denebrija.org/indice.html> [junio, 2018].
- Real Academia Española (RAE). (2009). *Nueva gramática de la lengua española. Tomo I: Morfología y sintaxis*. Madrid: Espasa.
- Real Academia Española (RAE). (2010). *Nueva gramática de la lengua española. Manual*. Ciudad de México: Espasa/Planeta.
- Real Academia Española (RAE). Página oficial (s/f). Disponible en: www.rae.es [marzo, 2019].

¿Qué hace un lingüista?

Una introducción para zombis

Primera edición 2024

(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.